

el latrocinio que ella habia autorizado. Una vez admitido y aplicado este principio tutelar, no temieron los Protestantes hacer escuchar sus quejas. Habian despojado al clero, y acusaban al Emperador de injusto, porque les obligaba á restituir lo que habian arrebatado por la fuerza. La apostasia de su antigua religion parecia darles el derecho de consagrar como licito el robo de la Iglesia católica, y con el que se habian enriquecido. Pero estos clamores, hijos del interés, no fueron suficientes á intimidar el corazon del Soberano. La victoria que acababa de conseguir Tilly en las márgenes del Lutter sobre el ejército dinamarqués, agregada á las que al mismo tiempo obtenian las armas del duque de Friedland, no permitieron á los herejes resistirse, mas que por medio de maldiciones, á las órdenes de Fernando. La Iglesia recobraba sus bienes, mas entonces se suscitó una grave dificultad.

Proponiéndose la herejía arrastrar por la senda del error á los sacerdotes y conventos, adjudicó á los apóstatas la propiedad de las tierras de que hasta entonces solo habian disfrutado el usufructo; y engolosinados algunos monjes con estas promesas, no tardaron en hacer causa comun con el protestantismo. Pero siendo preciso distribuir al clero fiel, al clero activo, aquellas propiedades que habian pasado á ser la herencia de una generacion nacida de un perjurio, ó transmitida á unos herederos sin mas derechos que los de la violencia, y hallándose los Jesuitas en primera línea, para fecundar por medio de la educacion aquellas nuevas riquezas, en cuya posesion iba á entrar la Iglesia católica, después de concertarse la Santa Sede con el Emperador, decretó en el mes de julio de 1629: «Que una parte de los bienes restituidos pudiese ser empleada en la ereccion de colegios, seminarios, escuelas y casas de pensionistas, tanto por los Jesuitas, que fueron los principales autores del edicto imperial, como por las otras Órdenes religiosas.»

Zanjada ya la cuestion por Urbano VIII, el cardenal Barberini su sobrino comunicó los motivos de este proceder al nuncio de su Santidad, Paleotta, escribiéndole con fecha 25 de enero de 1630 lo siguiente: «El interés del Estado exige que se construyan seminarios, que se funden colegios, y se creen parroquias en este momento en que la cosecha es tan abundante. No cabe duda que si viniesen los fundadores, y fuesen testigos de las calamidades

«y miserias que afligen á su patria, no querrian dar otro destino á sus propiedades, que el mas idóneo para impedir la ruina de la fe. Añádase á esto, que no queda ya una persona interesada á quien deban ser restituidos, puesto que los monasterios han sido demolidos, y ya no existen los religiosos; esta es la ocasion de recurrir á la autoridad suprema del Vicario de Jesucristo, para que disponga de estos bienes, y los aplique segun lo exija la mayor gloria de Dios.»

Las intenciones del Papa y de Fernando II estuvieron paralizadas, hasta que un hombre, cuya pluma ejerció no poca influencia en los ánimos, y que se valió de toda especie de armas para luchar contra los Jesuitas, Gaspar Schopp, mas conocido bajo los nombres de Scioppius, Alfonso de Vargas, Melandro, Junipero de Ancona ó de Geraldo, vino á dar á su plan una aprobacion inesperada. Hallábase este en el centro de Alemania: conocia sus necesidades; habia tratado de estudiarlas; traducia hasta su mismo pensamiento, y en este concepto, el infatigable adversario de la Compañía de Jesús, el Átila de los escritores, como entonces le llamaban, dirigió á Cornelio Mottmann, auditor de la Rota, la carta siguiente:

«Creo obrar con prudencia, sugiriéndoos algunos medios que debéis aconsejar al Papa y á los cardenales, si desean utilizar las rentas de los bienes eclesiásticos, que segun el edicto deben ser restituidos á la Iglesia. Es preciso, en primer lugar, considerar cuán grande es el número de los operarios evangélicos que se necesitan en esos países devastados por la herejía. La Baja Sajonia es por sí sola un reino bastante vasto: ¿dónde se encontrarán sacerdotes suficientes para cultivar esta provincia? En el Bajo Palatinado se han visto precisados los Jesuitas á ejercer todas las funciones de los curas de las parroquias, y tienen que hacerlo así, si no quieren abandonar á esos pobres pueblos. Si el Emperador persevera en sus designios, me parece que el cielo ofrece por este lado algunos recursos al soberano Pontífice, porque solamente el ducado de Wirttemberg encierra sesenta monasterios, cuyas rentas serian empleadas muy útilmente en la fundacion de seminarios: el duque de Wirttemberg mantenía mas de cuatrocientos jóvenes herejes con las rentas de estos dominios sagrados, y lo mismo puede decirse de las demás provincias. Así que el mayor bien que pudo hacerse, fue educar una

« numerosa juventud en los principios de la religion católica, al paso que formar doctores y maestros para los pueblos.

« Por lo que á mí toca, si conociese otros sugetos mas capaces que los Jesuitas para desempeñar tan importantes funciones, me apresuraria á designárselos; pero aunque no apruebo todo lo que se hace entre los Jesuitas, me veo precisado á confesar, y no me atrevo á negarlo, que la religion católica debe, después de Dios, á los Padres de la Compañía el no haber sido enteramente desterrada de Alemania. Ejecutárase una excelente obra, si con la renta de un solo monasterio de Wirtemberg, cuya suma asciende á 20,000 florines, se fundasen cuatro colegios de Jesuitas, donde enseñasen las letras divinas y humanas, y si, como lo han hecho con tan felices resultados en Dillingen, tomasen á su cargo la formación de buenos súbditos para los monasterios e iglesias. La misma conducta debería seguirse en la Sajonia, el Palatinado y las demás provincias, á menos que el soberano Pontífice discurra otro medio mas ventajoso ¹. »

Esta reparticion en la que se otorgaba á la Compañía de Jesús la mayor parte, y esto por consejo de sus mismos enemigos, no podia menos de suministrar un pretexto para lanzar contra ella nuevas imputaciones ². Los religiosos de San Benito y del Cister se quejaron á la Santa Sede, la que no tuvo por conveniente escuchar sus quejas, creyéndolas mal fundadas. Tachaban á los Jesuitas de ambiciosos, y aun se decia que abusando del favor que les dispensaba Fernando II, trataban de excluir á las demás Órdenes religiosas de los parajes en que tenian algun interés humano ó espiritual; pero esta última imputacion se encuentra únicamente en las obras de los Protestantes; y aunque no parece apoyarse en ningun documento histórico, es preciso aceptarla ó rechazarla sobre su palabra. Nosotros la anotamos, aunque desnuda de pruebas, sin hacer lo mismo con la primera. Es verdad que los Luteranos, á quienes el edicto de 1629 arrancaba un semillero de riquezas, han empleado palabras amargas para denigrar lo que ellos llaman insaciabilidad de la Compañía, en esto de adquirir nuevas posesiones; tambien lo es que han vituperado (y al hacerlo estaban en su derecho de herejes), su infatigable necesidad de apostolado: así como lo es, por último, que su acriminacion ha

¹ *In notis ad Poggianum*, tomo IV, pág. 425.

² *Moral práctica*, por Antonio Arnauld, tomo I, pág. 138.

encontrado eco hasta en el seno del catolicismo; así pues, importa examinar la realidad que pueda haber en estas imputaciones.

Los Jesuitas del siglo XVII, como los que les precedieron, conocian que para emprender y consumir grandes cosas, eran indispensables grandes recursos: imbuidos en el pensamiento de un vasto plan, se proponian un objeto útil á la cristiandad; nacian, vivian y morian para combatir á la herejía, y para someter los espíritus al yugo de la moral evangélica. Este objeto no podia ser obtenido, sino valiéndose de medios proporcionados á la empresa; ora porque al despojar á sectarios del fruto de sus rapiñas, legaban al mundo y á los príncipes un ejemplo saludable, como porque, admitiendo y hasta solicitando una parte, y la mejor y mas considerable de aquellas propiedades que la herejía habia arrebatado á la Iglesia, no se enriquecian individualmente, puesto que ningun Jesuita puede poseer; pero daban á su Instituto una nueva fuerza, sirviéndoles los ricos despojos de la apostasia para fundar colegios, acrecentar su influencia, y disminuir la del protestantismo. Habia, por consiguiente, en este modo de obrar tanta prevision como inteligencia política. Critiquenla en hora buena en los Jesuitas; pero los mismos que se lo acriminan se hallarán siempre dispuestos á imitarlos, en cuanto puedan, porque tal es la condicion precisa de las sociedades, corporaciones, y aun de los mismos individuos.

Las escisiones políticas de que Alemania fue teatro durante el periodo Sueco, agregadas á las victorias obtenidas por Gustavo Adolfo y Barinier, que tomó el mando del ejército, después de la muerte del héroe protestante, y á las conseguidas por Bernardo de Sajonia-Weimar, Condé y Turena, no permitieron poner en ejecucion sino en parte el edicto de restitucion, é hicieron aplazar el proyecto de los Jesuitas, hasta que el tratado de Westfalia cambió el aspecto de los negocios.

En 1629, elevado ya Walstein al apogeo de las grandezas, pero tan ambicioso de gloria como de poder, habia hecho concebir sospechas al Emperador de su fidelidad: vivia retirado en su principado de Friedland, herencia de su victoria de Praga. Se habia servido de los Jesuitas durante la guerra, y empleábalos durante el reposo á que le condenaban las sospechas del Emperador, y franqueábales su territorio después de haber expulsado á todos

los ministros luteranos. El P. Mateo Burnat se ocupaba á su vista en diseminar el Evangelio por las campiñas, y habia convertido al catolicismo á la ciudad de Daben. Pero no bastando la palabra de los Jesuitas para producir el bien con tanta rapidez como deseaba el soldado, puso este sus tropas en campaña para acelerar los progresos de la fe. Los Padres trataron de hacer comprender á Walstein que este medio militar no era el mas idóneo para popularizar la religion católica; pero todo fue en vano: al saber los Husitas que salian tropas contra ellos, corrieron á las armas, y apoderándose del P. Burnat en 9 de agosto de 1629 le asesinaron al pié del altar de la aldea de Liburn. Walstein habia fundado á los Jesuitas un colegio en su ciudad de Sagan; mas apenas se habian instalado en él los nuevos moradores, cuando ingresó tambien el martirio con los sectarios: lo mismo verificaron los suecos con los Padres que en 1630 pasaron á crear un establecimiento en Leitmaritz á ruego de los habitantes. Pasados algunos meses, hizo una incursion el protestante Weimar á la cabeza de sus correligionarios, y después de destruir el colegio que habia fundado en Eger el conde Enrique Schliek; el que habia establecido en Haradek el conde Olhen de Oppersdorf; el erigido por María Maximiliana de Hohenzollern, condesa de Sterberg, en la nueva Praga, y el creado por el burgrave Carlos de Donau en la ciudad de Glogan, asesinó al P. Juan Meagh, irlandés, y á los hermanos Martín Ignacio y Wenceslao Tronoska; por el mismo tiempo sucumbia de igual género de muerte el P. Jeremías Fischer.

La alianza pecuniaria del cardenal de Richelieu con los protestantes de Alemania, era un hecho consumado; pero hecho que duplicaba sus fuerzas. Gustavo Adolfo se lanza en el corazon del imperio; el 7 de diciembre de 1631 marcha Tilly á contener sus progresos, y se encuentran ambos ejércitos bajo los muros de Leipsick, quedando la victoria por el primero. Pero como si los triunfos ó la derrota de los Católicos debiesen ser perpetuamente sellados con la sangre de algun Jesuita, son hallados después entre los heridos, á quienes exhortaban en su última agonía, los PP. Lorenzo Passok y Mateo Cramer. Los Luteranos, que no respetaban semejante ministerio, después de apoderarse de Passok, le ofrecen la vida si consentia en blasfemar de la Virgen, y viendo que no cesaba de bendecirla, inmediatamente le asesinaron.

No léjos de aquel sitio vió el príncipe de Lawenburg al P. Cramer que se ocupaba en administrar el sacramento de la Penitencia á un soldado agonizante: aproximase á él, y le rompe la cabeza de un pistoletazo, y luego exclama en presencia de Tortenson y demás generales: «He muerto á un perro papista en el ejercicio de su idolatría.»

Por una singular mescolanza de politica y religion, Luis XIII y su ministro Richelieu, que procuraban debilitar el poder de la casa de Austria suscitándola numerosos adversarios, estipulaban con Gustavo Adolfo que los ejércitos protestantes respetarian en todas partes, y aun en Suecia, el apostolado y establecimientos de los Jesuitas. Pero los Padres alemanes y franceses no aprobaban los planes del gabinete de Paris, que sacrificaba á terrenos intereses la suerte de la Iglesia y el porvenir del catolicismo. El Cardenal ministro se habia propuesto aminorar su oposicion á favor de esta cláusula que los Protestantes olvidaron mas de una vez, pero que no por eso ha dejado de existir, y es un hecho que demuestra hasta la evidencia el influjo que ejercian los Padres. Escribiendo Luis XIII desde Dijon después de la muerte de Gustavo Adolfo, al mariscal Barinier, comandante en jefe del ejército sueco, después de invocar el tratado concluido por el marqués de Fenquieres, reclamaba su ejecucion cerca de la hija y heredera del héroe sueco.

«Primo, escribia el Rey al general protestante, con fecha 11 de setiembre de 1639, muchas razones recomiendan á mi proteccion la Compañía de Jesús; porque á mas de ser sus individuos unos hombres de gran piedad y consumada prudencia, sus virtudes me prestan la bien fundada persuasion de que los asuntos de nuestra hermana, la reina de Suecia, no podrán recibir detrimento alguno por parte de ellos en los lugares ocupados por los ejércitos que vos mandais. En este concepto deseo que mi recomendacion obtenga de ella por vuestra mediacion el permiso para que estos Padres puedan residir en esas poblaciones con entera libertad para desempeñar su ministerio, y que les garantice todas las posesiones que en ellas tenian. Mi demanda es conforme con los tratados hechos con mi hermano el difunto rey, y renovados con mi hermana la reina de Suecia. Confio que procuraréis su ejecucion con respecto á los Padres Jesuitas lo mas ampliamente posible; seguro de que para recompensar vuestra

« diligencia, os manifestaré mi satisfacción todas las veces que se presente una ocasion ¹. »

Vencido Tilly, y ofuscada su antigua fama ante la gloria del joven Gustavo, mandó el Emperador salir de su destierro al duque de Friedland, que entrando en combate con el Sueco, le batió y fue batido por él; pero conociendo que estas derrotas ó triunfos parciales en nada modificaban la situacion, y decidido de una vez á perderlo ó ganarlo todo, le presentó en 16 de noviembre de 1632 una batalla decisiva en las llanuras de Lutzen, donde Gustavo Adolfo triunfó de Walstein como habia triunfado de Tilly; mas esta fue su última victoria. El vencedor quedó sepultado bajo sus laureles en aquellas llanuras ilustres que, como las de Leipsick, verán todavía, después de dos siglos de intervalo, grandes ejércitos y eminentes generales disputarse el imperio del mundo; pero murió como todos los héroes deberian morir, y como Tilly habia muerto algunos meses antes en el paso de Lech.

La pérdida del general en jefe de la Liga protestante vino á ser para los Católicos un acontecimiento de la mayor importancia; porque si bien es cierto que Barinier y Bernardo de Sajonia-Weimar luchaban todavía al frente de los suecos, una jornada feliz podia destruir esta coalicion, cuyos intereses eran distintos. Dos

¹ El 9 de octubre de 1630, el conde de Guebriant, por la Francia, y el mayor general Erlack, por la Suecia, firmaban en Brissach un tratado en el sentido que indica la carta de Luis XIII; y el 25 de agosto de 1640, los generales protestantes que se habian prestado á sus deseos, daban á todos los Jesuitas y á sus colegios cartas de seguridad, de las que tenemos algunas en nuestro poder otorgadas por Barinier á los de Erfurt, Hagueneau y Molsheim. Los Jesuitas invocaban la proteccion de la Francia, y en cada carta la hacian una súplica de intercesion, como lo vemos por la correspondencia del General de la Orden con los PP. Sirmont y Dinot, confesores de Luis XIII. El 8 de julio de 1639, escribia Vitelleschi: « Estoy en gran manera avergonzado de molestar tantas veces la benevolencia del Rey en favor nuestro; pero como los pobres tienen derecho en algun modo para importunar á los príncipes misericordiosos y clementes, y esto sin ofenderlos, desearia que viese V. R. si podia obtener alguna cosa del Rey cristianísimo con respecto á nuestros Padres de Bohemia, donde después de haber perdido cinco colegios, se han visto precisados á fugarse al aproximarse el ejército de Barinier. Y no se crea que lo han hecho sin motivo, puesto que habiéndose apoderado el general citado de las personas del Padre rector y de otros tres mas, ha prometido cortarles la cabeza « si no le daban diez mil ducados en el término de tres dias por el rescate del primero. ¿No podríais obtener del Rey cristianísimo una recomendacion en favor de los nuestros residentes en Bohemia y demás países inmediatos? »

años después los imperiales vencen en Nortlingen; y Fernando, á quien tantos desastres no han podido desalentar, volvió á empezar su obra en el mismo punto en que la habia dejado. Los Jesuitas eran sus mas activos auxiliares, y Scioppius, que no habia obtenido de ellos lo que aguardaba, se colocó en el número de sus detractores, calumniándolos con tan audaz grosería, que el mismo Emperador escribió al general de la Orden, Mucio Vitelleschi: « Mi reverendo Padre en Jesucristo, envío á V. R. la impos-
« tura de las imposturas que me ha hecho reir, al paso que me ha
« irritado. Si V. R. desea de Nos un testimonio de lo contrario,
« tendrémos un placer inmenso en ejecutarlo, para conservar ile-
« so el honor de la Compañía de Jesús, nuestra madre, exten-
« diéndole en la forma mas amplia y con la mayor solemnidad.
« Dios conserve en su santa guarda á la Sociedad y á V. R., á cu-
« yas oraciones me recomiendo. Todo de V. R. — FERNANDO.

« En Ebersdorff, el 17 de setiembre de 1633. »

Al mismo tiempo que Fernando se ofrece por fiador á los Jesuitas, los disemina por todo el imperio. Convencido por una fatal experiencia de que las divisiones religiosas solo producen desgracias en todos los reinos, y deseando aclimatar la unidad, dió orden á su ejército y magistrados para que secunden su pensamiento apoyando á los Padres de la Compañía de Jesús. Sin embargo, durante este último periodo de su vida, es cuando el Monarca católico se ha visto acusado de fanatismo, de intolerancia y crueldad.

No es nuestro ánimo vindicar ó acusar aquí su memoria; pero lo que no podemos callar, porque seria ofender la mas sincera expresion de los hechos, es que en este movimiento que siguió á tantos trastornos causados por el soplo de la herejía, el Emperador, aconsejado por los Jesuitas, no empleó las torturas ni los verdugos para reconducir á sus súbditos al culto de sus abuelos, ni puso la conviccion al lado de los suplicios, como lo hicieran Enrique VIII, Isabel, los holandeses, y la mayor parte de los príncipes luteranos. A fuer de soberano que conocia el valor de sus ideas y convicciones, no trató de ocultar los medios que empleaba, ni se valió de la hipocresía ó de la infidelidad. Permaneció hombre político, mientras que los soberanos protestantes se habian convertido en perseguidores, y no permitió que se derramase sangre para provocar las creencias. Tomó, sin embargo, me-

didadas de rigor, mas estas no tendian á violentar la conciencia para introducir una fe nueva, como se habia ejecutado en Inglaterra é Irlanda. Para realizar su idea de unidad católica, no vaciló Fernando en acudir á los confinamientos, y extrañó de las tierras del imperio á los ministros de la Reforma y á cuantos invocaban la fuerza en su apoyo; encarceló á algunos de los mas exaltados, y concedió la facultad de emigrar á los que preferian su culto á la patria que les viera nacer.

Con las ideas de libertad que el tiempo y la indiferencia han inspirado á los hombres en materias de religion, quienes por otra parte han llegado á proibirse y matarse por teorías políticas, semejantes hechos deberán ser severamente juzgados. Nosotros no los aprobamos ni reprobamos: sentamos, sin embargo, que la tolerancia no es un principio en todas las circunstancias, y que el príncipe está al menos tan obligado á defender la Religion y la verdad como los demás bienes de sus súbditos. En esa época en que el protestantismo habia cubierto de ruinas el imperio germánico, se vió Fernando precisado á recurrir á la violencia moral para cicatrizar las heridas, y especialmente para precaverlas. Su sistema tendia á comprimir, y no á degollar; no permitia la libertad de discusion, pero otorgaba el derecho de enajenar su patrimonio, y dirigirse á buscar bajo otros climas una region en que fuese permitido permanecer fiel á su modo de pensar. Pocos luteranos se sintieron asaz convencidos para tomar el camino del destierro: la inmensa mayoría habia cedido al impulso de las pasiones ó á una ignorancia grosera; así es que los Jesuitas se vieron obligados á calmar la efervescencia general y á ilustrar á un pueblo á quien los vicios de muchos miembros del clero, agregados á los escándalos y apostasía de algunos otros, habian precipitado en el abismo de la herejía, mucho mas que las doctrinas de Lútero, ó las entusiastas teorías de sus discípulos.

En un período de veinte años, se los encuentra en todos los campamentos; en unas partes prisioneros de los Luteranos, y sufriendo todas las amarguras del cautiverio, y coadyuvando en otras á las miras católicas de los príncipes de Alemania. El 29 de octubre de 1639 espira en Praga el landgrave de Leuchtemberg entre los brazos del P. Gaspar Lechner; los Martiniez, Forgacz, Pablo de Mansfeld, Christiern de Brandeburgo, Rubna, Kolowratt, Metternich, Eggemberg, Collata, Rieffenbach, Zampach, Bren-

ner, Hartowig, Oppersdorff, Paar, Piccolomini, Waldstein, Wratislaw, Colloredo, Harranch, Federico de Hesse, Lichsteinstein, Kinski y Wrangel, á quienes ellos han sostenido en la fe, los protegen en su apostolado. Los Jesuitas saben que la mayor parte de sus colegas deben sucumbir al acero de los herejes, ó que como los PP. Andrés Calocer, Mateo Cuber, Hermann, Kadisk, Knippmann, Leon Jorge, Stredon y Laubsk se verán arrastrados á la esclavitud; pero como al lado de estas miserias y asesinatos está la Alemania, á quien es preciso preservar de la herejía, marchan sin temor á unos combates, cuya gloria no debe hallarse para ellos sobre la tierra.

En tanto que con sus pacíficas misiones reparaban la obra de destruccion multiplicada en ambos campos, exhalaba el Emperador el último aliento en brazos del P. Lamormaini, que le asistió en este supremo instante; y el mismo año de 1637 le sucedió en el trono su hijo, bajo el nombre de Fernando III. Las hostilidades volvieron á empezar con nuevo encarnizamiento, y si Fernando II habia encontrado un rival heróico en Gustavo Adolfo, su sucesor no halló otro menos digno en Bernardo de Sajonia-Weimar. Menos afortunado el nuevo Monarca que lo habia sido su padre, y atacado á la vez por los suecos y por los franceses, teniendo que luchar contra Weimar, Condé, Turena, Guebriant, Barinier y Fortenson, de reveses en reveses se vió reducido á la última extremidad. En 1648 el tratado de paz de Westfalia le dejó un imperio desorganizado, triunfando los cultos luteranos y calvinistas sobre las ruinas que habian amontonado.

En esta guerra de treinta años, en que cada dia se dió una batalla, los Jesuitas se vieron reducidos á representar un papel enteramente pasivo, es decir, predicaban, padecian y morian; solo en el sitio de Praga se hicieron soldados por patriotismo, y se igualaron con los mas intrépidos. El príncipe Carlos Gustavo, que sucedió á Cristina en el trono de Suecia, pasó en 1648 á bloquear la ciudad de Praga con el ejército de Wrangel. El P. Jorge Plachy, catedrático de Escritura sagrada en la universidad, y uno de aquellos hombres á quienes el sacerdocio no hace perder en nada su virtud guerrera, forma un batallon de voluntarios de los estudiantes, que tienen confianza en su valor ya experimentado; se colocan sobre la brecha, y conducidos por el Jesuita, combatieron con una bravura que no se desmintió jamás. El ejemplo de